

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes..... 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por un año..... 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en todo el reino.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



CRÓNICA POLÍTICA.

Ello, la celebridad podrá tener todas las ventajas que Vds. quieran; pero confesemos que tiene también sus inconvenientes, y no pequeños. Algo vale, mucho tal vez, esto de llamar la atención de la multitud; muy halagüeño debe de ser para el amor propio—que es el amor más constante y más duradero que se conoce—eso de ser objeto casi exclusivo de la curiosidad general; pero estas satisfacciones de la vanidad se pagan, á mi modo de ver, demasiado caras.

Pues qué, ¿no es un verdadero tormento la imposibilidad de dar un paso que no sea origen de comentarios más ó menos absurdos? ¿No es tormento también la seguridad de que un viaje, de simple recreo, una visita de *cumplido*, tal vez una mirada, han de interpretarse como signo de tal combinación política ó de cuál acontecimiento interesante?

Muy justa y muy equitativa me parece por otra parte esta compensación. La Providencia sabe más que nosotros, y reparte sus dones con admirable prevision.

Un hombre sin importancia—dado que exista—viaja cuándo y cómo y por donde más conveniente le parece, y nadie trata de inquirir cuándo salió, en qué tiempo regresará, ni dónde piensa detenerse: visita á sus amigos, asiste al teatro, frecuenta los cafés, y á nadie se le ocurre averiguar el por qué de tales visitas; en resumen, el hombre sin importancia tiene vida privada.

Con las personas de cierta clase suceden las cosas de una manera muy distinta. Desea la reina Victoria viajar por el continente; este deseo nada tiene de extraordinario, y no obstante, no bien ha manifestado su decision de realizarlo, ya todos los órganos de la prensa se apoderan del viaje futuro y poco tiempo despues se habla en toda Europa de la reina Victoria y del fin político de su escursión.

Sale de Londres la ilustre viajera, síguenla con avidez los ojos de todos los pensadores, y con ella viajan y entran con ella en París las miradas de todos. ¡Y qué de consideraciones se hacen despues acerca de si visitó ó no visitó á la emperatriz! ¡Sobre si recuerda ó no recuerda á su difunto esposo!

La reina Victoria regresa, y como por alguna parte ha de regresar, vuelve á detenerse en París por algunas horas; hácelo, sin embargo, guardando el más riguroso incógnito; así y todo, las investigaciones de los curiosos no la dejan á sol ni á sombra, y continúan las hablillas y siguen las reflexiones sobre lo presente y los temores para lo venidero.

Por su importancia relativa, ha dado también que decir á los periódicos de por acá la llegada de los generales Calonge y Blasser que, segun he visto en todos los diarios, empezando por *La Correspondencia* y acabando por *El Noticiero*, permanecieron anteayer algunas horas en Madrid y hasta visitaron al ministro de la Guerra.

Ni en la breve estancia de estos señores generales,

ni en su corta visita, veo yo cosa alguna que deba parecer extraña; no faltan, ¿qué han de faltar? sobran periódicos que traducen estos hechos tan sencillos como preliminares de yo no sé qué nombramientos.

Decididamente es una desgracia ser persona notable, ó como ahora se dice—muy mal dicho por cierto—*notabilidad*. Y si á tanta costa ha de pagarse esta pueril satisfacción del humano orgullo, celebro en el alma, con sinceridad lo digo, no tener el viso de los generales citados ni la importancia siquiera de la reina Victoria.

Y vean Vds. cuán exacto aparece en esta ocasión, como en muchas otras, el célebre dicho de Mad. Stael: «de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso,» ó sea «los extremos se tocan,» frase que no vale menos seguramente que la anterior; si el viaje de la reina de Inglaterra ha dado que decir; si las idas y venidas de un personaje son asunto de conversacion, no lo son menos los tranquilos paseos que por los alrededores de Madrid, y aun por alguna de sus más principales calles, dió hace pocos días un toro de los que debieron lidiarse el domingo y que por último no se lidiaron.

La cosa pasó, segun cuenta *La Correspondencia*, del modo siguiente:

Orondos y satisfechos, como quien de gravísimo peligro ha escapado, parece que salían los bichos para ser conducidos á la Bañeza: uno de ellos, tratando tal vez de examinar con todo cuidado aquellos contornos, miró en su rededor, y vió á lo lejos y cerca de la plaza, de triste memoria para el animal, un hombre parado.

El toro que, á la cuenta, trataba de llevar á cabo ciertas averiguaciones, procuró aproximarse al hombre; pero sin duda este no se encontraba en disposición de contestar satisfactoriamente al interrogatorio inesperado que se le ofrecía, y huyó, dejando al bicho desairado y triste.

Para consuelo suyo ofrecíanse á su vista multitud de sendas á cual más frondosas y más apacibles, y el toro, tratando sin duda de consolarse, dirigióse tranquilamente á la puerta de Alcalá, continuó su pacífica marcha por la calle del mismo nombre, y llegado que hubo á la iglesia de San José, retrocedió con toda la calma posible para internarse, como lo hizo en efecto, por los deliciosos paseos del Buen Retiro; despues de saborear las dulzuras de aquel ameno sitio recorrió el paseo de las Delicias, y luego la ronda de Valencia, y despues no sé cuántos lugares visitaria, pues mis noticias á más no llegan, y para ser veraz es preciso que termine aquí mi relato. Séame licito antes de terminarle considerar cuán grata hubiera sido la sorpresa para el feliz mortal que, madrugador en exceso, ó en exceso aficionado á retirarse tarde, transitando por cualquiera de los lugares citados, se hubiera encontrado repentinamente con tan buen compañero de paseo.

Posible es que el encuentro no hubiera sido de los menos satisfactorios, dado que no todos habrían acertado á dar con tiempo el cuarto de conversión, como le dió el hombre á quien primeramente se dirigió el toro.

Cosa singular es esta de la asociación de las ideas; llámense las unas á las otras por la relación menos comprensible y más extraña; á veces en su contraste mismo estriba su indisoluble unión. Hablando de los pacíficos paseos de Madrid he recordado las disposiciones guerreras de Europa; y al contrario, el cuarto de conversión á que antes he aludido trae á mi memoria un cuarto de conversión hábilmente iniciado por los periódicos franceses *La France* y *El Constitutionnel*.

Advierto á Vds. que estos dos recuerdos tienen entre sí un enlace íntimo, y tan íntimo, como que uno y otro se refieren á los rumores de una próxima guerra.

Pero conviene advertir que justamente *La France*, periódico imperialista, y *El Constitutionnel*, diario anti-prusiano por esencia, sostenían hace muy poco tiempo la posibilidad de una perpétua paz, y empiezan hoy á defender las probabilidades de una próxima guerra.

¿Tiene algún motivo este cambio de pensamiento? ¿Existe alguna razón para esta mudanza? ¿Hay medios para explicar satisfactoriamente estas veleidades?

Averigüelo Vargas, que sin duda es gran averiguador, si bien ninguno de Vds. lo habrá conocido.

Yo hago constar un hecho y no lo explico; he podido hacer lo primero y no conseguiría lo segundo; prefiero, pues, confesar antes mi falta de ingenio que molestarme con inútiles tentativas.

Y el hecho es que, en opinión de *La France*, periódico imperialista, la guerra será inevitable en cualquiera de los tres casos siguientes:

- 1.º Si Rusia amenaza de nuevo la integridad del imperio otomano—*que si la amenazará.*
- 2.º Si Austria quiere recobrar su predominio en Italia—*que si querrá.*
- Y 3.º Si Prusia se propone absorber á la Alemania del Sur—*que si se lo propondrá.*

Como se ve, la paz no puede estar más asegurada.

Reflexionemos.

Ninguna ocasión más oportuna que esta en que se trata del poder de las grandes naciones para recordar la *pequeñez* de las glorias humanas.

Cuando en Europa se trata de poner en pié de guerra terribles ejércitos, cuando se ensayan mortíferas armas, llegan de América desconsoladoras noticias.

Ha habido espantosos terremotos en el Perú y en el Ecuador. Arica, Arequipa, Iquique, Pasco, Ibarra y otras ciudades han quedado completamente destruidas. En el Perú ha habido 2.000 personas muertas, y en Ecuador 20.000.

¡Veinte mil personas muertas!

Fie Vd. despues en los ejércitos permanentes.

GIL PEREZ.

(NI FALTA.)

Efectivamente, la cosa es digna de consideración y estudio.

—¿De qué se trata, señor periodista?

—De varias casualidades, señor lector.
 —¿A ver?
 —Voy á complacer á Vd. inmediatamente.
 Ha de saber Vd., amigo lector, que en España ha habido una porción de capitanes generales...
 —¿Nada más?
 —Es un decir.
 —Pase.
 —Pues bien, de esa porción de generales han muerto muchos.
 —¿Muchos?
 —Hombre, es un decir.
 —No, porque yo creía...
 —Bueno; ello es que han muerto.
 —Lo sé.
 —Y ahora entra la parte filosófica de mi relato. Sepa usted que casi ninguno de los que han muerto, y casi ninguno de los que viven, han tenido ni tienen hijos varones.
 —Bien, ¿y qué?
 —¿Hombre! ¿se queda Vd. tan fresco?
 —Fresquisimo.
 —¡Ah! en ese caso siento haber molestado su atención con noticia tan poco importante.
 —Le diré á Vd., amigo. Como Vd. ha empezado por darle importancia á la cosa...
 —Hablemos claros. El hecho, ó el no hecho, es que no tienen á quien transmitir su apellido.
 —Efectivamente.
 —Ni pueden legar á un descendiente inmediato, las glorias de sus proezas.
 —Eso es.
 —Ni tienen la satisfacción de que un hijo pueda llevar el título de nobleza que ellos han ganado.
 —Cabal.
 —Hombre me desespera Vd. con esa calma. ¿Qué quieren decir todas esas afirmaciones?
 —Que no veo á dónde va Vd. á parar.
 —Hablaré un poco más, á ver si nos entendemos.
 —Escucho.
 —Yo preguntaré y Vd. contestará.
 —No hay inconveniente.
 —¿Vd. es español?
 —Desde que nació.
 —¿Conoce Vd. á los capitanes generales de España?
 —¡Ya lo creo!
 —¿Ha seguido Vd. paso á paso su historia?
 —Paso á paso.
 —¿Cree Vd. que está bien eso de que un hombre se muera sin dejar su apellido á nadie?
 —Segun y cómo.
 —¿Cree Vd. que no tiene importancia eso de que las grandes figuras de un país no dejen siquiera sucesión?
 —Todo es discutible en el mundo, amigo mio.
 —Vaya, no podemos entendernos. Se ha empeñado usted en que no tenga importancia la cosa.
 —Ea, ahora voy á hablar yo, si Vd. me lo permite.
 —¡Oro molido que fuera!
 —Pues allá voy. ¿Quién ha hecho esa peregrina observación, objeto de sus preguntas de Vd.?
 —Un periódico que se llama *La Epoca*.
 —Me lo figuraba. ¿Qué sucede porque esos señores no tengan hijos varones?
 —¡Hombre, hombre, por Dios!
 —Nada, nada, cuanto más amigos más claros.
 —¡Caballero!
 —Vd. parece que me da la noticia como diciéndome:—¿Qué lástima, eh? y yo la recibo diciéndole á Vd.:—Me tiene sin cuidado.
 —¡Chist!
 —¿Quiere Vd. que yo le haga ahora una observación más grave?
 —Sí señor.
 —Pues mire Vd.; cada albañil que se muere, suele dejar cuatro ó cinco criaturas que se comen los dedos de hambre.
 —Eso es muy triste.
 —Y sin embargo, á ningún periódico se le ocurre que la mayor parte de las mujeres que nos piden limosna por la calle la piden para dos ó tres hijos que les dejó su marido.
 —¡Ya!
 —Y sin embargo, eso parece que no debe tener importancia, ¿verdad?
 —No diré yo tanto.
 —Yo sí digo tanto, porque soy el país; ¿sabe Vd.?
 —Vd. dispense. A mí me parecía que la noticia no dejaba de ser curiosa.
 —No señor, no tiene nada de particular. Que los padres de la patria no dejen ya herederos es una desgracia para ellos.
 —Es que...
 —¡Bueno, hombre, bueno!
 Dispense Vd., amigo lector, no volveré á hablar más de estas cosas.

Á LA LUNA.

Esta, Fábio, ¡oh dolor! que ves ahora blanca, limpia, mondada calavera, un tiempo fué poblada, seductora, romántica, sombría cabellera. «Agravio fiero de la edad traidora» César llamó á su calva (¡y César era!)... —No haré yo tal; pues que de edad muy verde vivo, como quien dice, al gana-perde.

No la muerte, la vida me acobarda, y, en mi viaje desde niño á viejo, suspiro por la orilla que me aguarda, no por la orilla que á mi espalda dejo: y el viento débil y la nave tarda halla siempre el afán con que me alejo; pues sé—¡triste verdad!—que de la vida solo es hermosa la porción perdida.

Nadie trocará su dolor pasado ni por memorias de placer siquiera: nadie tampoco en desandar lo andado y en repetir su vida consentiera: si alguno renacer ha deseado ha sido por vivir de otra manera... —La vida es mosto insipido y dañoso que al fin se trueca en bálsamo gustoso.

Tampoco diera yo mi calva fría por los antiguos rizos de mi frente. ¿Para qué? Cuando á mano los tenía, apenas los miraba indiferente; y hoy por ellos amor, pena, ufanía el corazón enajenado siente... —Tal es la dicha: sombra transitoria que agranda con su vidrio la memoria.

Jamás tan bello en su fulgente cuna, bajo el alegre pabellón del alba, saluda el hombre el sol de su fortuna que el alto monte del Oriente salva, como después, al contemplar la luna, ó al apuntar la luna de su calva, lo recuerda, envidiando tristemente la misma luz que desdeñó en Oriente.

Pero, volviendo á la empezada historia, dado me sea, ya que no un responso, cantar un himno á la pasada gloria de mis cabellos de mancebo intonso. ¡Oh Fábio! si tal vez haces memoria de haber visto la efigie de un Alfonso, podrás imaginarte, sin gran pena, mi larga, undosa, lúgubre melena.

¡Coincidencia fatal! ¡Escrito estaba! Treinta años Espronceda ya tenía cuando, imitando á Byron, se quejaba de que insensiblemente encanecía. Y ¡ay de mí! yo los veinte aun no contaba cuando el ingrato bien del alma mía con su mano de nácar trasparente las canas apartaba de mi frente.

Ó con sus dedos, albos como armiño, me las iba arrancando una por una, cual nos arranca el maternal cariño una tras otra pena inoportuna. ¡Blancas pavesas de la sien de un niño! ¡Cabellos agostados en la cuna!... ¿Qué fué de esa mujer? ¡Otra pavesa! Murió... y entonces me pelé á la inglesa.

¡Escarlar quise el cielo en mi locura, y de mi frente se nevé la cumbre!... —Tal se alza el Hekla (antigua es la figura) coronado á la par de hielo y lumbre. —¡Oh! ¡malhaya la vil literatura que contrajo la bárbara costumbre de estirpar en el alma de los niños temores y respetos y cariños!

Decía que murió la hermosa ingrata que cuidaba mis lánguidos cabellos... ¡Hoy no los tengo negros ni de plata!... —Mis ilusiones simbolizan ellos. —No es la tijera ya la que los mata, ni frustra ya el dolor mis sueños bellos... Lo que hoy sucede en la cabeza mía es que ni sueños ni cabellos cria.

¡Mejor! Así con tiempo me habitué á mi futura, irremediable suerte (que igual á la de todos conceptúo); y cuando echados de la tumba inerte, rueden mis blancos huesos, y algún buho sobre ellos cante el psalmo de la muerte, no será nuevo hallar mi calavera hueca por dentro y calva por afuera.

Y si, al fin, de un doctor en medicina enriquece el lujoso escaparate, ó á solas en su cueva, la examina un monje del breñoso Montserrate, podrán más bien, tras su árida calina, reconocer mi busto en yeso-mate; ver que es mi cráneo que perdiera el seso... ¡Y darle el monje ó el doctor un beso!

¡Beso piadoso, que en el alma mía (fuese cualquier entonces su morada) el amargo recuerdo endulzaria de la existencia terrenal pasada! —Y aun más vivo su júbilo sería, si del doctor un día la criada, al despolvar mi cráneo, lo volcase y, por cogerlo, al seno lo estrechase!

Jóvenes, cuyos rizos ondulantes nécia moda rapó á lo Cárlos Quinto; impenitentes viejos petulantes que el pelo blanco convertís en tinto: miradme calvo á mí, que imagen ántes fuera de melenudo Chindasvinto, y suplicad desde mañana al cielo que principie á mataros por el pelo.

¡Ah! que es muy noble usar en esta vida el último peinado... el de esqueleto, y una parte mortal llevar perdida; y otra inmortal ganada en tal conceto: pues si el alma, del cuerpo desprendida, es más bella y más digna de respeto, perdiendo parte del humano lodo, he perdido la parte por el todo.

Por lo demás, no temas, Fábio mio, que yo me porte con mi pelo muerto como el viudo que celebra impio segundas nupcias en su lecho yerto. ¡No, no lo temas!—A pesar del frío y de las moscas, y aunque el gran desierto de mi calva se extiende hasta la nuca... ¡Jamás—lo juro—me pondré peluca!

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

EL PATRIOTISMO.

Acontece ordinariamente que las palabras de que con más frecuencia se usan son las que con menos exactitud se comprenden.

¿Cuántas veces no hemos oído todos pronunciar la palabra *libertad*? Todos la tienen en los labios: los moderados, como los progresistas; los retrógrados, como los liberales; ¿qué más? hasta los mismos neo-católicos suelen profanar esa palabra y desautorizar la idea que expresa, escribiéndola ¡qué horror! en las columnas de sus trasnochados y ridículos papeles.

Y sin embargo, difícilmente se encontrarán dos que entiendan del mismo modo esa palabra; muy posible será que cada cual entienda á su modo esa idea, al parecer tan sencilla.

Pues no digo nada de la *igualdad*, en que tantas y tan absurdas inculpaciones han hallado los enemigos de la civilización moderna.

Dejo, sin embargo, las ideas de libertad y de igualdad para mejor ocasión. Y—por ahora—ya que el epígrafe determina, por decirlo así, el círculo en que he de moverme, hablaré sólo del patriotismo.

¡Oh, el patriotismo! ¡qué gran virtud es el patriotismo!

La patria, el valle ameno que nos vió nacer, y la iglesia vecina, y el arroyuelo manso, cuyo dulce ruido arrulló nuestros primeros sueños, y las áuras y el jardín, y... quién sabe cuántas otras cosas, todas ellas juntas ó separadas, despiertan en nuestro espíritu dulces sentimientos.

Pero, vamos claros; dicen algunos, cuya sensibilidad poética está ménos desarrollada, vamos claros.

¿Somos ó no somos hermanos todos los hombres? El circasiano esbelto y el ágil etiope, el ingenioso chino y el sutil malayo, ¿son acaso individuos de especies distintas?

¿Tiene el género humano, por ventura, limitada á una zona su posible vivienda?

Entonces, ¿á qué hablar de patriotismo, que vale tanto, examinado con frialdad, como la *voz del corazón* ó la *fuerza de la sangre*, de que aun hablaban algunas gentes crédulas á principios de este siglo?

Algo hay en esta manera de discurrir que se parece á la verdad, y no vayan á escandalizarse los neo-católicos que tienen siempre la patria á la mano para hacer uso de ella como recurso de gran efecto; pero si admitimos que por gratitud y por costumbre el hombre más desalmado ame y venera á los que le dieron el ser; si admitimos también, y es indispensable admitirlo, que en el hombre, necesariamente sociable, el trato frecuente ha de engendrar cariño, vendremos á parar en que el patriotismo es un sentimiento que nace en las circunstancias del individuo, en el trato más frecuente con determinadas personas, en la igualdad de idioma, ¿y á qué negarlo? en la comunidad de intereses y en la reciprocidad de servicios mútuos.

Así considerada la palabra, hay que convenir en que todos sienten el patriotismo, como todos sienten el amor filial: podrá darse, y de hecho se da, el caso de un hijo que no ame ó no venera al autor de sus días; puede darse de igual modo un hombre que no sea patriota, pero esta escepcion, rarísima por fortuna, no destruye, antes confirma y corrobora la regla general.

Está, pues, admitido que todos los hombres son patriotas, y sin embargo, ¡cosa extraña! conformes todos en sentir el patriotismo, pocos lo están en la manera de expresarlo.

Este solo halla bueno lo que en su patria nace, solo respetable la industria de su país, admirable solo el ingenio de sus compatriotas.

Aquel, por el contrario, deseando para su patria todo el bien posible, busca en todas las naciones algo nuevo, algo útil, algo grande que trasplantar ó aclimatar entre sus paisanos.

La siguiente bellísima poesía forma parte del *Album de la prensa*, del cual hay ya impresos más de 16 pliegos de lectura compacta.

A pesar de los infinitos contratiempos que han ocasionado su retraso, como el curioso lector puede figurarse, creemos que no tardará ya muchos días en ponerse á la venta.

Lean ahora nuestros lectores la humorística composición del Sr. Alarcon, que en union de otras, en verso y prosa, y de no escaso mérito, forman el *Album de la prensa*:

EN EL CIRCO DE RIVAS.



El Rey del desierto.—¡Cómo, os encuentro asalariados para trabajar en público! ¡Oh decadencia de las razas! ¡Qué dirán nuestros antepasados?

Para el uno, todo lo extranjero debe rechazarse. Para el otro, debe acogerse con entusiasmo todo lo que de otros países venga. Y lo original que hay en esto es que cada cuál niega, al que piensa de distinto modo, la patente de patriota. Recuerdo ahora, y sirva de ejemplo, lo que ha pasado recientemente con una carta del popular maestro Barbieri, carta en que se han fundado severísimos cargos y serias y graves recriminaciones al autor de *Jugar con fuego*. Barbieri, seguro estoy de esto, es entusiasta por su país. Viaja por otros que, en virtud de circunstancias cuyo examen no hace ahora al caso, se encuentran en mejores condiciones de cultura y de prosperidad que España, y volviendo sus ojos hacia la patria querida, exclama: ¡Oh, quién viera por aquel país amado este adelanto, esta verdadera civilización! La forma no es precisamente la misma, eso no; pero en el fondo de la carta nadie puede ver otra cosa, si con atención la lee. Pues bien, este deseo tan natural, tan patriótico y tan digno ha parecido antipatriótico á muchos diarios, y no sería lo extraño que lo hubiese calificado de este modo algún periodiquito de esos que nacen y mueren sin dejar en pos de sí más que el recuerdo fugaz de alguna insolencia mal escrita; lo singular es que contra esa carta han escrito periódicos sensatos y cuerdos, que discurren discretamente, y á quienes, no cabe dudarlo, ha cegado su patriotismo excesivo.

Pues qué, para ser patriota entre nosotros es indispensable decir al pueblo español: «tú eres antes que todos; tú vales más que todos; tu comercio, tu industria, tu ciencia, son la ciencia y la industria y el comercio primeros del globo; de nadie tienes que aprender, á nadie tienes que imitar; tú lo eres todo, el extranjero nada?» Esto podrá ser muy lisonjero, convenido; pero es poco exacto: y si para ser patriota es necesario mentir tan descaradamente, yo declaro desde este mismo punto que renuncio al título de patriota, que no soy amigo de títulos adquiridos á costa de mi dignidad. El patriota verdadero no desconoce lo bueno que en su país existe, ni tiene cristales de aumento para examinar lo malo; pero tampoco desconoce lo que hay en otros países que vale más, y no desconociéndolo tiene que desearlo. Llamarlo por esto mal patriota valdría tanto como acusar de mal padre al hombre que para inclinar á su hijo por el camino del bien le citase como ejemplo otros niños más buenos ó más estudiosos. Sin disputa, para juzgar á Barbieri, en este caso se ha

procedido con ligereza. Sobre una frase de su carta, arrójense con ansia comentadores y censores, y el uno habla de conquistas, y el otro de hidalguía castellana, y no falta quien con este motivo traiga con la mayor oportunidad á colación los cuatro reales que costaba la entrada á los conciertos.

¿Cuándo acabaremos por ser formales? Con obras pruébase el patriotismo, y no con palabras. Si las palabras de Barbieri—que entre paréntesis ninguna importancia tienen—os parecen poco patrióticas, recordad lo que le debe en España su arte, y comprendereis que han sido injustos vuestros ataques. ¿Es acaso el primer español que se queja del atraso lamentable en que nos hallamos? ¿No hemos visto hace pocos meses en las librerías de Durán y de San Martín un mapa de Europa en que aparecía España como un borron? Pues si estos son hechos, si esto lo decimos todos los días, si esto lo confiesan y lo deploran los que por España se interesan, ¿por qué ha de excitar de tal manera el encono una carta que, sobre pecar por demasiado inocente, habla de conquista, sí, pero en sentido metafórico? Basta de patriotismo. Para los unos, patriotismo es poner en las nubes las cosas de España. Para los otros, arrojarlas por el suelo. Y para los neo-católicos, el verdadero patriotismo debe de ser fomentar la afición á las corridas de toros. ¡Oh, el patriotismo!

CABOS SUELTOS

El Sr. Larra ha publicado una carta, en la que pretende justificar sus insultos á la prensa, y en esta carta hay alguna alusión á GIL BLAS, de la que debemos y queremos tomar acta. El Sr. Larra, como Vds. saben, se despacha á su gusto en la revista *bufa Los misterios del Parnaso* contra la crítica literaria, llamándola parcial, dura y grosera, y para probar esto, cita entre otras cosas dos versos de GIL BLAS dirigidos á Selgas: Está visto que la ciencia la ha bebido en un pilón. ¡Desventurado Sr. Larra! Desde que GIL BLAS salió á luz en 1864, se han publicado en él críticas literarias, y en ninguna de ellas encuentra Vd. un ejemplo que citar en su apoyo de que la crítica literaria es parcial, dura y grosera.

En este espacio de tiempo no encuentra Vd. nada en la crítica literaria de GIL BLAS, periódico que en una ocasión se vió en la necesidad de publicar algún artículo defendiendo cierta obra de Vd. de los cargos injustos que se le hacían, sin confesar por ello (porque esto no era posible) que su obra era un modelo. Es decir, que no teniendo Vd. motivo para formular la más leve queja contra la crítica de este periódico, va usted á escharbar entre sus cabos sueltos para sacar una frase de polémica diaria, una de esas frases que ofenden y que se escriben porque se quiere ofender, porque la pasión política ocasiona estos y otros desahogos. Después de soportar durante muchos meses los insultos de un periódico que empezó llamando á la prensa *charco de inmundicia* y que no perdona ocasión de tratarla con la mayor grosería, viene el Sr. Larra á sacar de GIL BLAS una frase, justificada después de los innumerables despropósitos científicos que hemos señalado en el ingenioso escritor de otros tiempos, en el antes elegantísimo poeta Selgas. Conste, pues, que el Sr. Larra no tiene nada que decir de la crítica literaria de GIL BLAS, que á él como á todos los poetas y actores ha tratado con dignidad y decoro siempre. Conste que el Sr. Larra, en vez de citar las frases de *La Constancia*, de que el periodismo es un *charco de inmundicia*, frase que sin duda al Sr. Larra debe parecerle decorosa, ó en vez de citar la *pata* de Garibaldi, lenguaje de los neos hace cinco años, ú otras muchas de la misma procedencia, sólo se acuerda de citar dos versos de GIL BLAS y otra frase dicha por no sé qué periódico liberal también en contra de los neos. Ahora bien: los que nos leen habitualmente saben que nos hemos propuesto colocarnos siempre en el terreno que nuestros adversarios elijan. Estos han llamado *pata* á la pierna de Garibaldi. Nosotros llamamos *pata* á la de Cabrera. ¿Son insolentes? Insolentes seremos. ¿Quieren escándalo? Nosotros no nos quedaremos atrás. El tiempo abre los ojos. No hemos de vivir acariciando el ingenio ratonil de ciertos escritores para que mañana vengan á verter el veneno de su calumniosa sátira sobre reputaciones acrisoladas, como en el bienio progresista. Lo dicho, estamos dispuestos á todo en defensa de nuestras ideas liberales, y ni nos detendrá el escándalo, ni mucho menos la mayor ó menor finura de una frase. Cuando se hace la guerra importan poco las palabras. En resumen: la crítica y los críticos de GIL BLAS tienen su reputación tan limpia, que no puede alcanzarles el desahogo del Sr. Larra.

En cuanto á la polémica política, cite el Sr. Larra lo que le convenga, en la inteligencia que lo hacemos con el firme propósito de ofender y que estamos dispuestos á no arrepentirnos.

Ahora, sea dicho sin modestia, nos alegramos que el Sr. Larra se muestre partidario de la insolente prensa nea, hasta el punto de no haber encontrado ejemplos que citar más que en la prensa liberal.



El Sr. D. Rafael Ortega, encargado en Cartagena de la venta de GIL BLAS, nos escribe una carta en contestación á la publicada en el número anterior sobre la venta á seis cuartos del periódico.

El Sr. Ortega nos hace la cuenta de sus gastos, queriendo probar que aun dándosele al precio de Madrid necesita venderlo á seis cuartos para que le quede alguna ganancia, y sobre esto copiamos el párrafo de su carta:

«Vendida la mano de 25 ejemplares á seis cuartos hacen un total de 17 rs. 22 mrs.: rebaje Vd. 8 rs. que le remito y 3 al expendedor, son 11 rs., quedando á mi favor 6 rs. 22 mrs.»

Todo lo demás que en su carta dice el Sr. Ortega no tiene la elocuencia que este párrafo, puesto que nada convence tanto como los números.

Consecuencia: nosotros le remitimos 25 ejemplares, de los cuales pagamos papel, imprenta, redacción, administración, timbre, contribución, depósito, recogidas y otros excesos, por 8 rs.

El Sr. Ortega, sin trabajo ninguno, puesto que tiene un hombre que los venda, se queda con 6 rs. 22 mrs. No nos tiene cuenta.

Suspendemos por lo tanto la venta en Cartagena hasta encontrar quien quiera encargarse de venderlos á cuatro cuartos.

Por lo demás, el Sr. Ortega es un corresponsal honrado que con nosotros ha cumplido fielmente y que no nos debe un cuarto.



Segun *El Español*, cuando un ciudadano está condenado en rebeldía, todo español tiene sobre el derecho de vida ó muerte.

Aquí tiene Vd. un derecho lo más torcido que conozco.



Los poetas catalanes (no digamos españoles) y los provenzales se reunirán para la fiesta poética que darán los felibres en Avignon.

Leo en el programa de estas fiestas: «El catorce desfile y corrida de toros de la Camargue y conferencias literarias.»

Me extraña mucho que al lado de los poetas no hayan citado á Frascuelo ó á Bocanegra.



Tiempo há nuestro amor cesó
y aun te miro con respeto;
no digas luego que yo
he pecado de indiscreto.



Dice *El Español* que la prensa goza de una libertad ilimitada.

Es cierto: gozamos de una libertad ilimitada... desde la imprenta al gobierno de provincia.



Ahora resulta que la obra de Rivera y Palacio, *El tesoro de los chistes*, aprobada por todas las censuras, y despues de cinco años, se ha prohibido por un señor cura en un pueblo de Asturias.

Y es el caso, segun escriben á *Las Novedades*, que el dueño de un ejemplar, por este solo crimen, ha sido preso.

Pero señor, ¿en dónde estamos?
¿No está publicada la obra con todos los requisitos legales?

En virtud de esto, ¿no tiene todo ciudadano el derecho de comprarla?



Entre *La Nacion* y *El Español* se ha entablado una polémica de la mayor importancia.

Oiga Vd. el tema:
¿Quién ha fusilado más progresistas?
¿Lástima no se hallen presentes los principales interesados!



La Nacion escribe un artículo contra los indignos ataques, contra las palabras indecorosas, contra los soeces insultos que la prensa nea emplea al hablar de Garibaldi.

Esto, como cosa de neos, le parecerá muy decente al Sr. Larra.



Dicen que hay en Bayona más de 20.000 españoles. Señores, acabemos.

¿Es que no queremos vivir en España? Entonces, vámonos todos. ¿A qué hemos de estar engañándonos?



Apenas se ha iniciado la idea de establecer bibliotecas populares en Madrid, ya los periódicos neos empiezan á hablar de la eleccion de libros.

La idea de la censura está en la sangre. Así ni habrá bibliotecas ni harán falta.



Dice un periódico de Valencia que ha estado allí el señor Chavarría, obispo electo de Tauramara.

Con este motivo pregunta *Las Novedades*:
«¿Tauramara!! Deseamos saber en qué punto del globo se halla esa silla episcopal.»
¿Tauramara! Yo creo que está al lado de Ruzafa.



No tengo mucha confianza en que el gobierno haga caso de mis súplicas, pero es un deber decirlo, y allá va.

Los cadetes de infantería procedentes del colegio se encuentran despues de terminar sus prácticas sin el ascenso á que tenían derecho cuando empezaron sus estudios.

Esto los coloca en una situación difícil, sobre todo cuando no sucede así con las demás armas del ejército.

Sería muy justo que el gobierno encontrase un medio que aliviara la suerte de estos jóvenes.



Eran las dos de la tarde, y nublado...

Alcé los ojos para mirar al cielo, y me tropecé con un cartel que decía: *Toros en Valencia.—El Tato y el Gordito.*

—¡Ah, qué alegría! ¡Me pareció que salía el sol, y que el cielo se venía abajo con todas sus glorias!

Despues de aquellas inmortales reyertas entre el Gordo y el Tato, volveremos á verlos trabajar juntos... ¡Oh, siglo XIX, afortunado siglo, y lo que guardas en tu seno!

Las empresas de ferro-carriles abaratarán los trenes, y España regocijada verá á sus hijos despachurrándose en buena lid.

¡Y el Tato y el Gordo trabajando juntos!
¡Viva la libertad, y la fraternidad, y la igualdad!



Un periódico de Bilbao nos da la grave noticia de haber pasado por allí el Sr. Meneses.

PASATIEMPO.

Solucion á las Charadas del número anterior: 1.ª, *Ah-cante.*—2.ª, *Reservado.*—3.ª, *Jovellanos.*

CHARADA.

Es mi primera vocal,
y segunda, tercia y cuarta
has de confesar que es
un instrumento que mata.
Mi segunda con tercera
es un guisado que agrada,
y mi todo en las iglesias
no dudes, Gil, que se canta.

(La solución en el próximo número.)

Correspondencia de GIL BLAS.

A un suscriptor hasta la tumba (Vigo).—Creo que ya no tendrás queja, pues, to que los suscritores de provincias están en el mismo caso que los de Madrid: que no hay más regalo que el *Almanaque*, y este alcanza á todos.
D. E. J. (Cádiz).—Hay los números que pide, excepto el 7. Precio, un real cada uno.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1868.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.

ALHAMA DE ARAGON.

GRANDES BAÑOS.

Magníficos alojamientos en las termas de Matheu.—Fonda de San Fermin.

La temporada de verano va á acabar pronto y aumenta todos los dias la animación en este establecimiento, donde acuden de todos partes los que desean mejorar de salud ó prepararse para resistir las crudezas del invierno.

Abundancia de aguas, jardines, paseos, magnífica mesa y elegantes habitaciones.

La temporada de verano ofrece grandes atractivos.

Precio: de 20 á 50 rs. diarios, comprendiendo el cuarto, dos chocolates, almuerzo y comida.

El ferro-carril de Madrid á Zaragoza pasa por Alhama, y en aquella estacion hay ómnibus que conducen los viajeros al establecimiento.

Salida de Madrid: á las 8 1/2 de la noche, y se llega á Alhama á las 2 1/2; de modo que al siguiente dia se toma el primer baño.

UN ESTUDIANTE DE SALAMANCA

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,
original de

LUIS RIVERA.

música del maestro OUDRID.

Precio: 8 reales.

Se vende en las principales librerías y en la administración de *El Teatro*, Pez, 40, segundo, á donde deberán dirigirse los pedidos.

También se vende en la Administración de *Gil Blas*

LA MAQUINARIA AGRÍCOLA

DE JOSÉ DEL RIO Y HESLES.

Calle de Tragineros, 32.—Madrid.

Arado Howar.—	D. una rueda.	295
» » »	D. D. dos ruedas.	430
» » »	subsuelo.	350
» » »	patatero.	460
» Jaen.—	vertedera giratoria.	260
» Rausomes y Sius.—	una rueda.	300
» » »	dos ruedas.	360

norris, bombas, prensas y pisadoras para uva, quebrantadores, gradas, etc., etc.
Se remiten á provincias.—6.

DAVID B. PARSONS

Calle del Prado, 4.—Madrid.

Bombas de todas clases, arados legítimos Howar, máquinas de vapor, máquinas agrícolas, pintura mineral, relojes para el campo, artículos de hierro dulce y de hierro galvanizado, mangas de goma y de lona, jeringas y lanzas de riego, palas, etc., etc.—5

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

OBRAS DE JULIO VERNE

ILUSTRADAS CON GRABADOS.

Se halla de venta

LOS HIJOS DEL CAPITAN GRANT EN LA AUSTRALIA,

á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Se han publicado: LOS INGLESES EN EL POLO NORTE á 3 rs. en Madrid y 4 en provincias.

EL DESIERTO DE HIELO á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

CINCO SEMANAS EN GLOBO á 4 reales en Madrid y 5 en provincias.

VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

LOS HIJOS DEL CAPITAN GRANT EN LA AUSTRALIA á 3 rs. en Madrid y 4 en provincias.

Próximo á publicarse: LOS HIJOS DEL CAPITAN GRANT EN EL OCEANO PACIFICO.

Se remiten á provincias al que mande su importe en sellos de correos ó libranzas de fácil cobro á los editores, calle del Príncipe 4.—3.

Á TODOS LOS QUE SE BAÑEN Ó SE HAYAN BAÑADO.



Primer descubrimiento del globo para los cabellos, de los conocidos en los 5.872 años que tiene de existencia el mundo histórico, y recomendado por más de 200 periódicos de todos los matices. Leed lo que decía *La Política* en 15 de junio último:

«A LOS BAÑISTAS.—Si para toda clase de personas es utilísimo el *Acetate de bellotas*, que ya en otras ocasiones hemos recomendado, como inocente cosmético y eficaz medicamento del cabello y de muchas enfermedades de la cabeza, para nadie quizás tiene una aplicación tan directa y recomendable como para los bañistas; sabido es, en efecto, que la humedad que constantemente conservan en la cabeza los que hacen uso de los baños, perjudica muchísimo al cabello, y nadie ignora tampoco la acción destructora que en él ejercen los cloruros, potasas, sulfuros, carbonatos y otras sales en que abundan las aguas minerales y marítimas. Ahora bien: el *Acetate de bellotas* inventado por el Sr. Brea y Moreno neutraliza todos estos efectos, suavizando el pelo, dándole consistencia, manteniéndolo fresco, lustroso, flexible, y viniendo á ser un auxiliar, ó más bien un correctivo de los inconvenientes que lleva consigo la hidrotterapia. Por esta razón encargamos á todos los bañistas que no olviden en su neceser de viaje un frasco siquiera de aquel precioso líquido.»
Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco, en casa del autor, calle de Jardines, 5, Madrid; en el Moscovita, Passage Jauffroy, París; Habana, Matas, Obispo, 81; en Manila, J. Felipe de Pan y Compañía, y en 600 depósitos más de todos los países.—En Biarritz y Bayona, farmacias de Monreun hermanos.—17, 24 y 29.

NO MÁS TOS.

Bien conocida es, en poco tiempo, la heroica eficacia de nuestras pastillas pectorales, cuyos resultados hablan mejor que nosotros pudiéramos hacerlo de sus incomparables virtudes curativas en todas las afecciones del pecho, de los bronquios, de la garganta, en la hemotisis ó flujos de sangre, carrasperas, resfriados, ahogos, opresión y asma; pero en lo que su acción es verdaderamente apreciable es en la curación de toda clase de tos por inveterada que sea y en la suavidad que adquiere la voz por lo extraordinariamente refrescante de su acción sobre el aparato respiratorio.

Precio, 10 rs. caja en las principales boticas de España y Portugal.—4.

Núm. 9.—Madrid: Hortaleza, botica.—Núm. 9.

